

Hay la literatura revolucionaria rusa y la literatura revolucionaria que combate dentro del mundo capitalista. Los objetivos, métodos de trabajo, técnica, medios de expresión y materia social varían de la una a la otra. Esta distinción nadie la ha hecho todavía dentro de la crítica marxista.⁸¹

Pero la guerra civil española, desde un primer momento, se convirtió en una experiencia que había de contribuir de manera decisiva a difuminar esa agobiante distinción. En el plano político, la guerra de España —lo que Vallejo llamó en una carta a Juan Larrea el 22 de enero de 1937, «el drama de la pólvora»—,⁸² le absorbió y le permitió, a la vez, comprobar en persona que existía, que era posible, una concepción de la vida basada en la primacía de lo social sobre lo individual. De su entrega a la causa de España hay muchos testimonios. El 28 de octubre de 1936 le escribía a Juan Larrea:

Aquí trabajamos mucho y no todo lo que quisiéramos, a causa de nuestra condición de extranjeros. Y nada de esto nos satisface y querríamos volar al mismo frente de batalla. Nunca medí tanto mi pequeñez humana, como ahora. Nunca me di más cuenta de lo poco que puede un hombre individualmente. Esto me aplasta. Desde luego, cada cual, en estos momentos, tiene asignado un papel, por muy humilde que éste sea y nuestros impulsos deben ajustarse y someterse al engranaje colectivo, según las necesidades totales de la causa. Esta consideración, no obstante, no alcanza a embridar, por momentos, nuestros arranques espontáneos.⁸³

Unos meses después, el 22 de enero de 1937 —de vuelta de un viaje a España—, le decía también a Juan Larrea:

De España traje una gran afirmación de fe y esperanza en el triunfo del pueblo. Una fuerza formidable hay en los hombres y en la atmósfera. Desde luego, nadie admite ni siquiera en mientes, la posibilidad de una derrota.⁸⁴

En «Los enunciados populares de la guerra española» había hecho estas valoraciones:

¡Cuántos nuevos enunciados de grandeza humana y de videncia cívica van brotando del atroz barbecho operado por la guerra en el alma del pueblo español! Nunca vióse en la historia guerra más entrañada a la agitada esencia popular y jamás, por eso, las formas conocidas de epopeya fueron remozadas —cuando no sustituidas— por acciones más deslumbrantes y más inesperadas.

Por primera vez, la razón de una guerra cesa de ser una razón de Estado, para ser la expresión, directa e inmediata, del interés del pueblo y de su instinto histórico, manifestados al aire libre y como a boca de jarro. Por primera vez se hace una guerra por voluntad espontánea del pueblo y, por primera vez, en fin, es el pueblo mismo, son los transeúntes y no ya los soldados, quienes sin coerción del Estado, sin capitanes, sin espíritu ni organización militares, sin armas ni kepis, corren al encuentro del enemigo y mueren por una causa clara, definida, despojada de nieblas oficiales más o menos inconfesables. Puesto así el pueblo a cargo de su propia lucha, se comprende de suyo que se sientan en esta lucha latidos humanos de una autenticidad popular y de un alcance germinal extraordinarios, sin precedentes.

Se ha hablado, sin duda, del «soldado desconocido», del héroe anónimo de todas las guerras. Es otro tipo de heroísmo del deber, consistente, en general, en desafiar el peligro, por orden superior y, a lo sumo, porque esta orden aparece, a los ojos del que la ejecuta, investida de una autoridad en que se encarnan las razones técnicas de la victoria y un principio de fría, ineludible y fatal necesidad...

⁸¹ C. Vallejo, «Del Carnet de 1936-37-¿38?», en *El arte y la revolución*, p. 156.

⁸² Cfr. C. Vallejo, *Epistolario General*, op. cit., p. 264.

⁸³ *Ibíd.*, p. 262.

⁸⁴ *Ibíd.*, p. 263.

El heroísmo del soldado del pueblo español brota, por el contrario, de una impulsión espontánea, apasionada, directa del ser humano. Es un acto reflejo, medular, comparable al que él mismo ejecutaría, defendiendo, en circunstancias corrientes, su vida individual.

En la España de 1936 no se descubre al origen del empuje guerrero del pueblo hombre alguno de talla, orador, general u organizador; los trabajadores que se lanzan a la toma del cuartel de la Montaña o del de Atarazana no han celebrado antes junta alguna tribunicia en las plazuelas, ni salen de catacumbas de conspiración en que han ardido lenguas de iluminados a cuya vibración fuera tocada con la sagrada chispa el alma de las masas, y menos todavía, van atraídos por la pitanza, regresiva, zoológica, del saqueo y la revancha del estómago. Largo Caballero, Azaña, Prieto, pierden, durante las primeras semanas del conflicto, todo relieve en el enorme torbellino popular; los jefes militares son precisamente los traidores y asesinos del pueblo...

Desde estos puntos de vista, la epopeya popular española es única en la historia.⁸⁵

César Vallejo se inspiró poéticamente en esta epopeya, dedicándole uno de los libros más extraordinarios sobre ella escritos: *España, aparta de mí este cáliz*. Vallejo, que había distinguido entre tres tipos de artistas diferentes:

1. Un artista puede ser revolucionario en política y no serlo, por mucho que, consciente y políticamente, lo quiera, en el arte.
2. Viceversa, un artista puede ser, consciente o subconscientemente, revolucionario en el arte y no serlo en política.
3. Se dan casos, muy excepcionales, en que un artista es revolucionario en el arte y en la política. El caso del artista pleno.⁸⁶

había conseguido ser, en ese libro, el tercer tipo de artista, el artista pleno.⁸⁷

Y es que tenemos que llegar a la misma conclusión a la que, después de tanto escribir sobre las relaciones entre el arte y la revolución, había llegado Vallejo:

La actividad política es siempre la resultante de una voluntad consciente, liberada y razonada, mientras que la obra de arte escapa, cuanto más auténtica es y más grande, a los resortes conscientes, razonados, preconcebidos de la voluntad.⁸⁸

Francisco Caudet

⁸⁵ C. Vallejo, «Los enunciados populares de la guerra española», en J. Vélez y A. Merino, España en César Vallejo, II, Madrid, Editorial Fundamentos, 1982, pp. 32-37, *passim*. Muchos de estos enunciados los tradujo poéticamente en España, aparta de mí este cáliz, en donde el poeta cantó a los héroes anónimos, a los voluntarios de la guerra. Cfr. de modo muy particular «Himno a los voluntarios de la República».

⁸⁶ C. Vallejo, «Escollos de la crítica marxista», en El arte y la revolución, p. 35.

⁸⁷ También es en este sentido ejemplar el libro Poemas humanos. Cfr. N. Salomon, «Algunos aspectos de lo "humano" en Poemas humanos», en J. Ortega, César Vallejo. El escritor y la crítica, op. cit., páginas 289-334.

⁸⁸ C. Vallejo, «Los escollos de la crítica marxista», art. cit., p. 36.



Antonio López: *César Vallejo* (1961)